

---

Luis Núñez Ladevéze

ladeveze@telefonica.net

Profesor Emérito, USPCEU

---

Reseña

## *Ortega y la técnica*

Marcos Alonso

Publicado por CSIC, Madrid (2021), 325 pp.

© 2022

Communication & Society

ISSN 0214-0039

E ISSN 2386-7876

doi: 10.15581/003.35.3.191-192

www.communication-society.com

2022 – Vol. 35(3)

pp. 191-192

### Cómo citar esta reseña:

Núñez Ladevéze, L. (2022). Ortega y la técnica (reseña).

*Communication & Society*, 35(3),

191-192.

**E**ste libro realiza un rastreo integral de la obra de Ortega que usa como eje su filosofía de la técnica. La exhaustiva revisión encuentra rastros diseminados en sus textos precedentes, especialmente en *La rebelión de las masas*, y da pleno sentido a la obra posterior la *Meditación de la técnica. En torno a Galileo, La idea de principio en Leibniz* y especialmente *El hombre y la gente* no se entiende si no están integradas a este decurso intelectual. La perspectiva de Alonso es en buena medida novedosa. Permite rectificar algunas interpretaciones de la filosofía orteguiana que ponen en duda su originalidad o que acentúan su dependencia de otros pensadores, especialmente de Heidegger, que el filósofo madrileño negó expresamente. Contribuye a mostrar mejor que ninguna otra interpretación la capacidad de anticipación de obras anteriores como *Ideas y creencias*. Desenhebra las

raíces de su pensamiento para explicarlo como un ensayo de comprensión de la condición humana modulado por las variaciones en la búsqueda de una respuesta a una misma pregunta: ¿qué es lo que hace distintivamente humano al hombre desde su origen?

Es un texto hilvanado admirablemente como una espiral que va desplegando las ideas orteguianas a partir de este núcleo hermenéutico. Según Alonso, lo que aprecia Ortega como supuesto de hominización no es la adaptación animal a la naturaleza, sino la reacción humana para adaptar la circunstancia histórica a sus necesidades imaginarias. Alonso es reacio a admitir que sea la capacidad de interiorizar lo que separe la naturaleza de la historia, ya que “la interioridad es una invención histórica humana” (p. 178). Insiste en que Ortega la haya en la “actitud de ensimismamiento”, una suerte de aislamiento dentro de sí que lo desliga del entorno que altera al animal. El hombre es originariamente técnico porque el ensimismamiento es una potencialidad introspectiva que desdobra la subjetividad para producir ideas, asignar funciones a los miembros corporales y crear artilugios que proyectan su actividad para reaccionar frente a la circunstancia en que se desempeña.

A mi entender, Alonso no se detiene suficientemente en lo que apunta cuando afirma que no hay que entender el ensimismamiento como “un vano solipsismo” (p. 168). Creo que no hace justicia a cuanto en Ortega prevalece como deuda del análisis de la intencionalidad de Husserl, a quien cita más que a Scheler y Bergson. El madrileño lo reconoce como maestro para desligarse frontalmente de su idealismo cogitativo. Comentando un pasaje de *Ideas y creencias*, donde Ortega señala un rasgo en que aprecia que Max Scheler se queda corto, Alonso escribe que “lo único que faltaría a este magnífico texto es la alusión a la técnica como el correlato indispensable de la imaginación” (p. 177). No apunta tanto a una carencia de Ortega, creo yo, como a una carencia de su interpretación.

Me extraña que Alonso no cite a Husserl ni cuando habla de fenomenología y no lo incluya en su vasta bibliografía. Si ensimismarse es entrar en sí mismo, convertirse en objeto de su atención, la explicación de cómo es posible que el sujeto se objetive como correlato se halla en el análisis del acto intencional al que Ortega se refiere en numerosas ocasiones. Es la distinción que Brentano recoge de la escolástica. El ensimismamiento es un desdoblamiento de la *intentio*, un acto constitutivo compatible con la “invención histórica de la intimidad”, que puede contraponerse a la alteración que sufre el animal, siempre vuelto al

exterior, que atiende a lo que está fuera de sí. Reside en la adjudicación de una función inventada a un objeto, al yo mismo ensimismado, a un miembro del organismo corporal, o lo que está al alcance de la mano, una caña para pescar. Ortega reprocha a Husserl y Descartes que sea el acto de un yo puro desencarnado capaz de deducir la existencia del objeto a partir de la capacidad deductiva del *cogito* (Ortega, *OC*, X, pp. 210 y ss.) Es un acto vital que no necesita demostración porque es expresión del vivir. Si un enunciado no puede demostrarse a sí mismo, la vida no necesita ser demostrada para vivirla. “Vivir significa tener que ser, fuera de mí, en el absoluto fuera que es la circunstancia o mundo” (*Id.*, X, p. 164).

Téngase el comentario, no como censura, sino como observación que pueda merecer la atención del autor si concretara aún su planteamiento. Alonso renueva el enfoque para centrar a Ortega en su aspecto más original y determinante, una perspectiva que traza con sutileza la línea de demarcación que separa la animalidad de la humanidad sin imponer una ruptura tajantemente negativa, como hace Heidegger. La proyección técnica pasa de ser un producto a rasgo distintivo que abarca la historicidad desde su principio. Un hiato cuyo trazo no excluye la referencia a una “naturaleza primaria” inscrita en la corporalidad material, pero interrumpe toda pretensión evolucionista de tipo darwinista.

Alonso aplica minuciosamente la técnica del rastreo, favorecida por la encomiable edición digitalizada de las *Obras Completas*. Ortega se adelantó al enunciar el problema que actualmente plantea la inusitada aceleración de la técnica. A ello se refiere Alonso en un último capítulo donde da cuenta de cómo la meditación orteguiana es un instrumento adecuado para analizar las muestras actuales de esta progresión: ingeniería genética, internet, robótica y las secuelas ideológicas surgidas de la exasperada y temerosa exaltación de la autopoiesis, como el ecologismo, el transhumanismo, la manipulación genómica, el avance del cibernético por nuestro cuerpo...

Hay que enfatizar la amenaza. Si el hombre es constitutivamente progresión técnica, la descontrolada aceleración lo ha sacado de su quicio. El masoquismo deconstructivo es tan potente como la capacidad de construcción. Si orteguianamente “el hombre [es] aquel ser capaz de mejorar indefinidamente” (*Id.*, I, p. 125), hay que suscribir que también es el ser capaz de empeorar indefinidamente. La construcción humana puede perfeccionarse todavía técnicamente para consumir su destrucción. Es el tema de nuestro tiempo.